

Méry: El Castillo de Udolfo (2)

Al llegar allí, nuestro inglés hizo ensillar un caballo, colgó la novela del cuello de la bestia y se alejó de la ruta principal, para marchar directamente hacia el castillo misterioso. Entre Polderina y Riccorsi, la cadena de los Apeninos tuerce en contorsiones aterradoras; surgen grupos de montañas que parecen asociarse para sostener el cielo. Antes de descender por la profunda ruta que cae a pico sobre las cabañas de Riccorsi, se perciben a la derecha fantásticos repliegues del terreno, rojas colinas, acantilados surcados de asperezas, montañas que se parecen a domos de catedrales; todo ese paisaje está imbuido de una tristeza que jamás podría llegar a equipararse con la alegría del sol italiano. Lewing tomó su plano, lo desplegó sobre el cuello del caballo y fijó su posición.

— Udolfo no está lejos de aquí— se dijo —. Es una campiña perfecta para una aparición. Entonces se puso a cabalgar de un lado a otro, mirando las montañas desde su cima hasta la base, deteniéndose de cuando en cuando para leer un capítulo de la novela.

Sumido en sus perplejidades, alcanzó a divisar a un pastor melancólico sentado en un montículo de paja, con un báculo en su mano y un perro guardián. Partió al galope hacia el pastor y le preguntó, en una lengua que hacía los esfuerzos más penosos por parecerse al italiano, si estaba muy lejos del castillo de Udolfo.

El pastor iba cubierto de la cabeza a los pies con un viejo manto rojo, que no dejaba entrever más que sus ojos y la mitad de su frente, porque una brisa fresca soplabla en los Apeninos. Levantó su cabeza lentamente, contempló al inglés, y le hizo una señal como que nada comprendía.

John Lewing a su vez observó fijamente al pastor, y un rápido escalofrío lo sacudió unos momentos. Resultaba ciertamente espeluznante: un pastor sin rebaño, con un manto rojo y un perro negro... Se hubiera creído ver allí, olvidado en ese desierto, un *post-scriptum* de la novela de Radcliffe. Sin embargo, el heroico inglés le impuso silencio a los latidos de su corazón; y, recurriendo en su auxilio a todos los jirones de la gramática de Veneroni, con que podía disponer en su memoria, entabló la siguiente conversación:

«¿Sois natural de este país, oh pastor?»

— Sí, excelencia — respondió el pastor con acento bucólico — soy nativo de Polderina.

—¿Permitiréis que os pregunte lo que ha pasado con vuestro rebaño?

—¡Ah, me ha abandonado a mi triste destino! Solamente mi perro me ha seguido siendo fiel.

—¿Cuál es, actualmente, vuestra profesión?

— Pastor, siempre pastor. El señor Montoni me ha prometido un rebaño. Lo estoy esperando.

—¿El señor Montoni, habéis dicho? ¿Hay un señor Montoni por estos parajes?

—Sí, excelencia. ¿Lo conocéis, tal vez?

—¡Que si yo lo conozco! No, ciertamente no. Pero, a su abuelo... Decidme ahora: ¿Él siempre habita el castillo de Udolfo?

—Habita en ese cuchitril que veis allí abajo, a dos leguas de aquí. Aún le llaman el señor Montoni, pero es tan pobre como yo.

—¡El muy canalla!... Me refiero a su abuelo. ¿Y qué hace este Montoni, su nieto?

—Detiene a los viajeros y los desvalija. Pero, en el fondo, es un hombre honrado.

— ¡Sí, seguramente! Pero entonces, ¿es que ha sido expropiado el castillo de sus abuelos?

—¡Sí! Y ha caído en ruinas.

—¡En ruinas, ese maravilloso castillo! ¿Y está lejos de aquí?

—¿Quién? ¿El señor Montoni?

— No, el castillo.

— Casi se puede divisar desde el sitio en el que estáis ahora. Esperad, subid a ese pequeño peñasco, mirad entre esos dos robles inclinados... ¿Veis algo negro, no es así?

— Efectivamente, y muy negro.

— Es la última torrecilla que aún queda de Udolfo...

—¡Ah, y tantas que llegó a tener! ¿Podéis acompañarme hasta allí?

—Con gran placer, excelencia. Desde que me he quedado sin rebaño, no encuentro muchas ocasiones para distraerme. Aquel es el lugar donde, siendo su pastor, lo llevaba todos los días. ¡Ay!

— ¡Pobre muchacho! Tomad, he aquí veinte guineas para consolaros.

—¡De oro! ¡De oro! No, no, guardaos esa dádiva, generoso extranjero. Ofenderían mi honor, que constituye todo mi orgullo.

— Y de qué honor podríais estar orgulloso, en medio de este infortunio?

— Cultivo la virtud.

— ¡Ah! muy bien. ¿Y qué más?

— Eso es todo.

— ¿Y entonces de qué vivís aquí?

— Vivo a la ventura. Un aire puro me rodea. El sol me entibia con sus rayos.

El pastor y el inglés caminaron conversando de este modo.

— He aquí — dijo John Lewing para sus adentros — he aquí el más original pastor que haya visto en mi vida. ¡Que Dios me condene si llego a comprender esta existencia!

Después de una breve pausa, comenzó el coloquio.

«Signore pastor», le dijo el inglés, «¿habríais acaso escuchado hablar, así fuera por tradición, de los misterios del castillo de Udolfo?»

Al escuchar esas palabras el pastor se detuvo bruscamente, manifestando una viva agitación. Su cuerpo parecía temblar bajo el manto rojo. Miró al inglés desde el fondo de sus ojos vitrificadas por el espanto. El perro negro lanzó un aullido lastimero. John Lewing hizo treinta conjeturas en un minuto, permaneciendo inmóvil y enmudecido en su caballo de posta.

Continuará...

(*) JOSEPH MÉRY (1797-1866): «Le Château d'Udolphe», publicado en *Les nuits anglaises. Contes nocturnes* (Michel Lévy Frères, París, 1853).

Trad.: J.C.O.

DAZET



Nº 19 - BUENOS AIRES/2017 - GRUPO SURREALISTA DEL RIO DE LA PLATA

¿Ya ha tenido su brote fascista?

Así como los mensajes delirantes de la Biblia alientan de vez en cuando a alumnos aventajados como Paul Schäfer, la gran aventura del capitalismo invita a concurrir a toda clase de seres estragados, desmadrados e impasibles, dispuestos a cometer las más graves inconveniencias. Munidos de un catecismo pedestre pero comprobado, se lanzan al asalto de las subjetividades. Y así, una parte importante de la sociedad ya cree a pie juntillas en lo que se ha dado en llamar la «posverdad»: se toma por cierto lo que es una mentira. Y aunque logre comprobarse su falsedad, por el momento no llegará a saberlo ni a sospecharlo. También ha sido prevenida e inmunizada contra toda demostración *a contrario*. ¿En qué se sostiene este principio de suspensión de la realidad en beneficio de una ficción del orden reaccionario, tan alejada y extraña a la naturaleza del hombre? Poderoso motor es el odio. No se trata propiamente de un engaño. Consiste en rastrear en cada uno de los temas culturales heredados y aprendidos, largamente sedimentados en el interior de las napas sociales — y en este caso, ha debido buscarse en historias familiares de los gringos de la Pampa húmeda — *algo que ya estaba allí*, que ya había arraigado y se les había dicho que no podía ni debía cuestionarse. ¿Qué otra cosa le queda, al hábil propagandista o al provocador profesional, sino potenciar y exacerbar un odio racial que esas historias han podido conservar como un legado indiscutible hacia la posteridad?

El viejo recurso de descargar sobre el personaje del «enemigo interno» las propias frustraciones,

temores y desvaríos, ha hecho que estos sectores rezagados de la sociedad justificasen un odio racial contra las comunidades aborígenes. La venta de tierras con bosques nativos a particulares (Benetton, Lewis, Turner), es el verdadero *leit-motiv* que inspira la sobreactuada indignación oficial y prepara a la opinión pública para que naturalice los abusos más aberrantes que puedan llegarse a emprender contra esas minorías previamente estigmatizadas.

Y no ha tenido que pasar mucho tiempo:

«Desaparición forzada de Santiago Maldonado, visto por última vez después de la brutal represión de Gendarmería en la Comunidad Pu Lof de Resistencia Cushamen, mientras apoyaba una protesta mapuche por la libertad de Jones Huala. Sucedió que su cuerpo sin vida «apareció» 78 días después, flotando en el río cerca del lugar donde había sido secuestrado.

«Milagro Sala detenida sin condena desde enero del 2016, por peticionar ante las autoridades. Decenas de detenidos del colectivo Tupac Amaru, mayormente mujeres, en las provincias de Mendoza y Jujuy. Sus obras comunitarias vandalizadas. Recurrentes intentos de suicidio y autoagresiones.

«El Lonco Jones Huala del Lof Cushamen de Chubut, perseguido a ambos lados de la cordillera y encarcelado en Esquel desde octubre de 2017.

«Represión de protestas mapuches en Vuelta del Río (Chubut), con quema de sus viviendas, molino y herramientas de labranza.

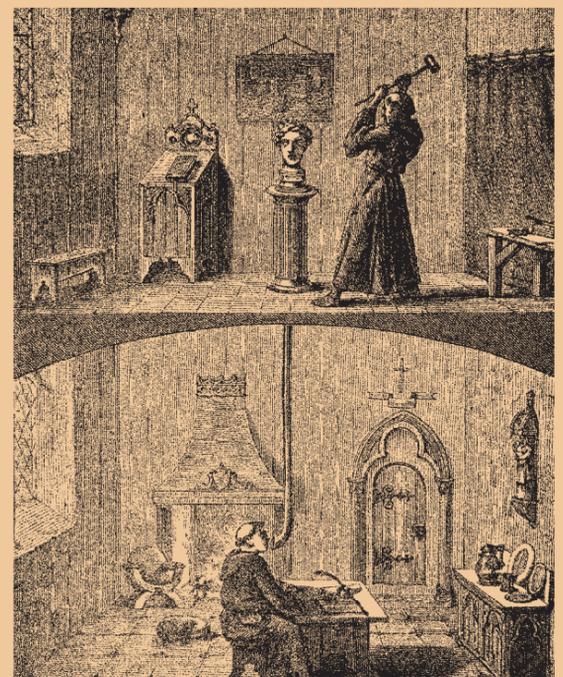
¿Tentación de volver a discutir si los nativos tienen alma, o si la Tierra es plana?

JUAN CARLOS OTAÑO

Distopía.

El actual totalitarismo plutocrático corporativo aspira a que las sociedades toleren un 70 por ciento de excluidos. Como para contenerlos no es suficiente el formateo de los monopolios mediáticos, apela a la represión, que legitima confesando su ideal totalitario en una distopía de orden: una sociedad con seguridad total, libre de toda amenaza, con prevención extrema, tolerancia cero, supresión de la privacidad, vigilancia y control con cámaras, escuchas y drones, desconfianza al extranjero y al extraño, estigmatización de la crítica y prisionización masiva.

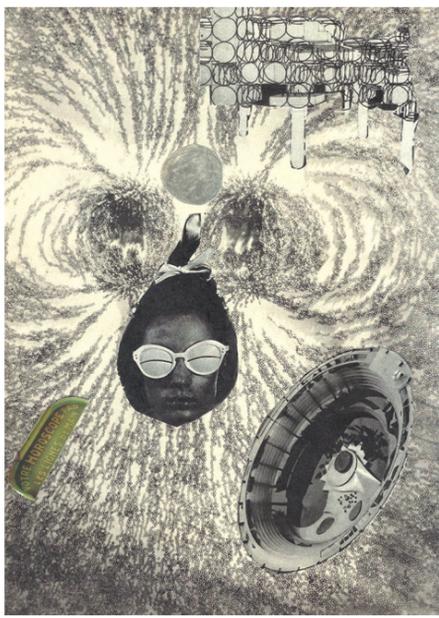
E. RAÚL ZAFFARONI, *El totalitarismo corporativo plutocrático*.



Método de la comunicación.



Tecnología antdisturbios



AYŞE ÖZKAN
collage.



ELOGIO DE LA MUJER PANTERA.
«La T del TRE y el rayo de la circunstancia, adaptación del logo de Radio Keith Orpheum — RKO — New York, utilizado entre 1937-1959.»

Pensamiento y perplejidad, Urania.

Cefaléutica de Buenos Aires.

Toponimia y guía histórica de los decapitados de Capital Federal.

CALLE CANGALLO (V. CRESPO)

Un 17 de diciembre de 1821, el coronel realista José Carratalá entraba en la villa peruana de Cangallo para llevar a cabo una de las peores masacres de la guerra de la independencia. Carratalá ordenó a sus soldados degollar a la población, incendiar el pueblo y «arar con sal la tierra» con el objeto de que nada pudiera crecer en la zona. Todo ello en represalia por la resistencia de los habitantes aliados a la expedición argentino-chilena liderada por San Martín. Un mes después el coronel escribía al Virrey Pezuela acerca de Cangallo: «queda reducido a cenizas y borrado para siempre del catálogo de los pueblos en castigo a su rebeldía». Pezuela a su vez ratificó la medida, disponiendo en real cédula que: «Nadie podrá edificar en el terreno que ocupaba el infame pueblo de Cangallo, pues no debe volver a aparecer una población que ha sido propiamente un asilo de asesinos y guarida de ladrones».

San Martín, como Protector del Perú, dispuso que se levantara un monumento en conmemoración a los caídos en la Villa y la propia ciudad de Buenos Aires decretó en 1822 otorgar este nombre a una de sus calles céntricas. En la actualidad sólo una cuadra en las cercanías del Parque Centenario mantiene el endeble recuerdo. En 1984 un edicto municipal modificó el nombre de Cangallo por el de Tte. General Juan Domingo Perón.

En una operación similar a la de las autoridades realistas la Revolución Libertadora de 1955 dictaminó borrar para siempre — aún en vida del propio portador — el nombre del general depuesto. El decreto presidencial n° 4.161 de marzo de 1956 firmado por Aramburu establecía:

«Queda prohibida en todo el territorio de la Nación: La utilización, con fines de afirmación ideológica peronista, [...] las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrinas, artículos y obras artísticas, que pretendan tal carácter [...] Se considerará especialmente violatoria de esta disposición, la utilización de la fotografía, retrato o escultura de los funcionarios peronistas o sus parientes, el escudo o la bandera peronista, el nombre propio del presidente depuesto, el de sus parientes, las expresiones «peronismo», «peronista», «justicialismo», «justicialista», «tercera posición», la abreviatura «P. P.», las fechas exaltadas por el régimen depuesto.» ...

Ambas medidas represivas — la de Cangallo en el siglo XIX y la opuesta al peronismo en el XX — motivaron en su momento la intensificación de un movimiento contrario. Finalmente, como a veces sucede en los daderos de la toponimia, una reivindicación desplaza a otra. Para acompañar esta entrada no podemos dejar de agregar el poema que escribiera el Vizconde de Lascano Tegui (1887-1966) sobre un caso policial de fines del siglo XIX — ocurrido en la calle Cangallo — y el miedo que provocaba en la sociedad la circunstancia que parte de un asesinato anduviera «suelto».

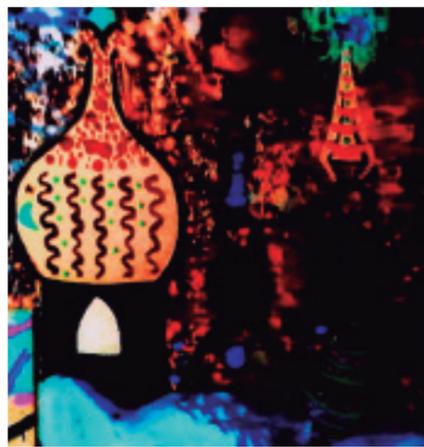


VIZCONDE DE LASCANO TEGUI

¿Dónde estaba la cabeza del hombre descuartizado? Buenos Aires la buscaba escondida bajo de algo y esperaba descubrirla tras de un objeto, a recaudo. Se expurgaban las basuras y se sondeaban los charcos. ¿Dónde estaba la cabeza del hombre descuartizado?... Se le buscaba en los sótanos. Volvióse a hablar de baqueanos, De brujos y radamantes que saben leer en los rastros. Se aguitaba en las afueras de los pueblos, en los pantanos; se acechaba en los andamios, y exploraban, a lo lejos, vigilantes de a caballo sin ver surgir la cabeza del hombre descuartizado. Buenos Aires, sintió fiebre, temor, angustia y espanto y las madres melindrosas nos acostaron temprano y se pusieron candados de miedo que, en los zaguanes, envuelta entre cuatro trapos, nos echaran la cabeza del cadáver despenado. Y al fin de tantas pesquisas, fue hallado el bulto macabro, entre las toscas del río e identificado el cráneo como el de un francés, Farbos, que vivió del contrabando y que un cómplice, Tremblé, mató en la calle Cangallo. Al fin se abrieron las puertas y cayeron los candados y salimos a la calle, sin temor, a hacer escándalo, los niños que no podíamos acostarnos tan temprano...

Efectivamente, el poema refiere al «caso Farbos» conocido popularmente como «el caso del descabezado». El hallazgo de un tórax envuelto en un trapo el 22 de abril de 1894 en la seccional 5ª de la capital abrió la investigación. Horas más tarde encontraron «dos brazos y dos manos» en la seccional 6ª. A lo largo de un mes la sociedad se mantuvo en vilo a la espera del encuentro de la cabeza. Esta fue finalmente hallada en la zona correspondiente a la seccional 29ª cerca de la Laguna de la Dársena, en el cruce entre la Av. San Juan y Paseo Colón. El jefe de policía, general Manuel J. Campos, hermano de nuestro N° 53, Luis María Campos, solicitó al escultor Lucio Correa Morales, hoy una calle de Villa Soldati, la ejecución de una mascarilla de la cabeza para mejor reconocimiento de la víctima. La misma fue identificada por unos allegados que señalaron que se trataba de Pedro Farbos, ciudadano francés. Su socio en el delito de contrabando, otro francés llamado Raoul Tremblé, lo asesinó en una pieza de alquiler de la calle Cangallo 1583.

VICENTE MARIO DI MAGGIO
Director encargado del Tre



GERARDO BALAGUER
Visiones a lo Marc Chagall en un cristal de nieve (I, II).

Domingo despoblado.

Paseando un domingo llegué hasta un cementerio
Para mí desconocido
Un cementerio en un barrio desierto
Llamado Žižkov
Me encontré con mujeres que me saludaron
Con ojos de salones de peinado cerrados
También vi algunas corbatas chillonas
De las que tanto amo
Como a las mujeres que gritan en el bosque
Algunas jóvenes obreras se hallaban frente al cine
Después no vi a nadie

Y sin embargo
París y su distrito XVIIº
Como si caminara a lo largo del hospital Lariboisière
Restaurante
Orquesta rusa
Deseaba entonces conocer a una mujer
Lo mismo que hoy
Perdido en Praga, cerca del barrio donde vivo

Qué hermosos son los hoteles
Sin pensionistas
Un bar vacío habitaciones vacías rodeados de una ciudad vacía
Como si yo fuera un niño y mis padres hubiesen partido
Como si hubiese quedado solo
En una pieza donde nunca se entra
Como si de pronto hubieses llegado a caballo
Desde un castillo vecino
Donde hay un cisne
Como si debiera encontrarme contigo
Frente a un hotel donde nadie va
¿Por qué vería un país feliz,
una ciudad en medio del domingo?
¿Por qué desaparecerías en su interior?
¿Por qué escucharía a alguien cantar con el sonido de un piano?

Entré en un bistro
Sin clientes
Para después ponerme a temblar en medio del Petit-Pont
Ante tus rodillas
Praga de nuestros secretos
Un pájaro canta en la Plaza Wenceslao
Es tu domingo despoblado

VÍTEZSLAV NEZVAL
De «Praha s prsty deště» (Praga de los dedos de lluvia), 1937.